

GUILLERMO FELIU CRUZ

**Francisco A.
Encina, historiador**

EDITORIAL NASCIMENTO

GUILLERMO FELIU CRUZ

Francisco A. Encina, historiador

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1967 CHILE

© Es propiedad del autor

N.° 3367

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1967

M. CARLOS GEORGE NASCIMENTO
EDITOR DE LA LITERATURA CHILENA

A la memoria de Inés, mi mujer.

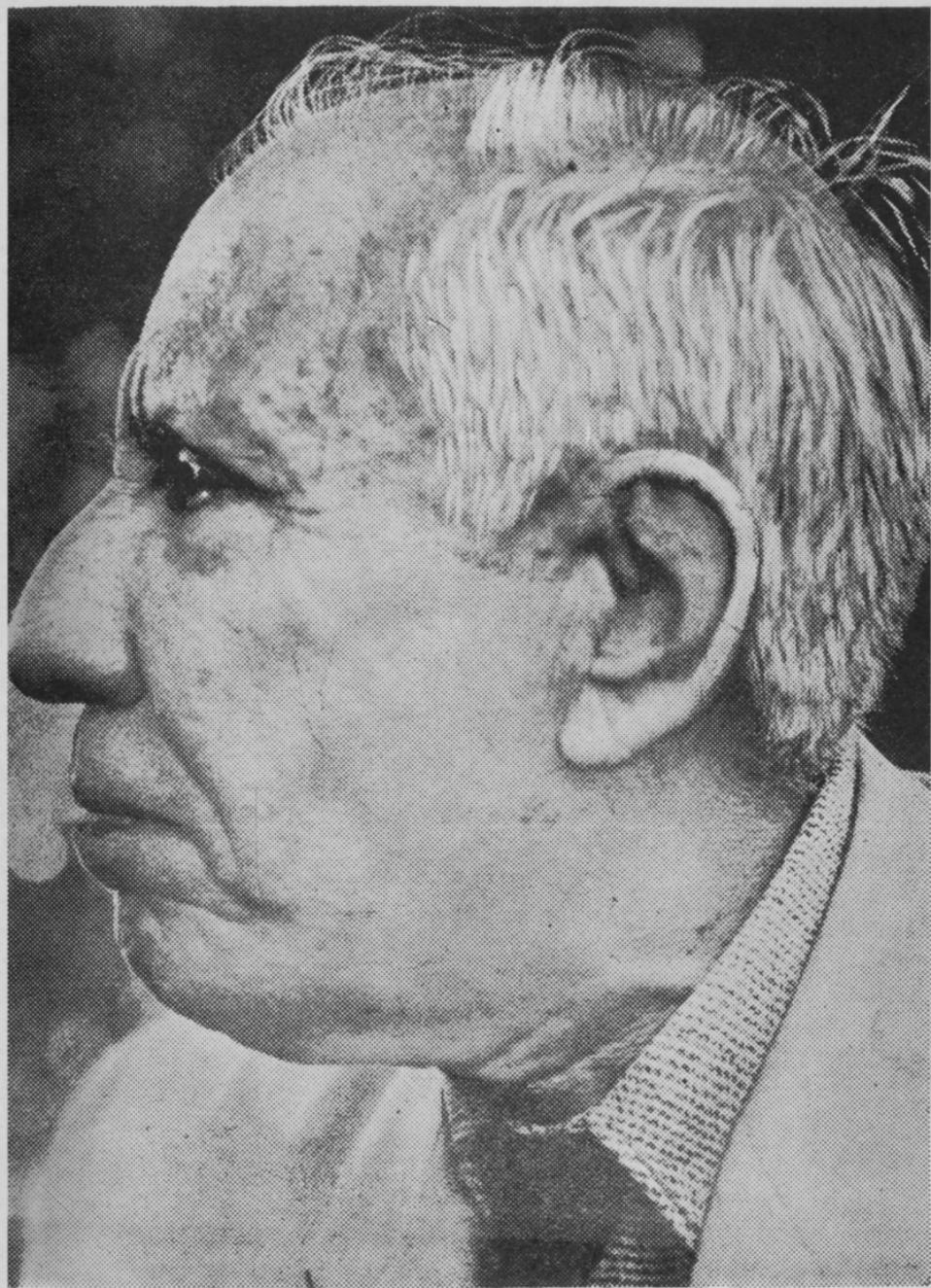
Estas páginas fueron escritas al lado de tu lecho de dolor. Siento un consuelo al ofrecértelas, porque evoco tu bondad, expresión serena de la luz de tu alma.

Guillermo.

Mayo de 1967.

M. CARLOS GEORGE NASCIMENTO
EDITOR DE LA LITERATURA CHILENA

HOMENAJE



Francisco A. Encina
1874 - 1965



El historiador y su editor Carlos George Nascimento (1885 - 1966)



Encina en su mesa de trabajo

Las tres empresas editoriales de mayor envergadura que se han realizado en Chile, han correspondido a la publicación de obras de carácter histórico de una vasta extensión. Dos fueron llevadas a cabo en el siglo xix y una tercera en el xx. La primera, costeadada con fondos del Estado, fue para editar en París por los impresores Fain y Thunot, la *Historia Física y Política de Chile* del naturalista francés, al servicio del país, Claudio Gay (1800-1873). En 1830, el Ministro Diego Portales contrató al joven naturalista para estudiar la descripción física del territorio chileno y vaciarla en un libro cuyas proporciones no fue entonces posible prever, pero que las preocupaciones constantes de los gobiernos de Prieto, Bulnes y Montt de dar a conocer el país en el extranjero, no encontró reservas en cuanto a gastos. La historia civil, como entonces todavía se llamaba a la política, no fue incluida en el contrato suscrito por Portales y por Gay. Correspondió al Ministro de Instrucción Pública Mariano Egaña, estimular a Gay para escribir esta historia, convirtiéndose el naturalista en historiador contra su voluntad. Al dedicarse a escribir la historia política, Gay aplicó, con notable éxito, la técnica de la investigación científica de las ciencias naturales a los estudios históricos,

formuló un método y se colocó en un terreno crítico para apreciar el mérito de las fuentes y establecer la certidumbre de los hechos. Era ésta la primera vez que se aplicaba a la historia nacional los principios de la crítica histórica.

Durante doce años, Gay recorrió incansablemente el suelo chileno en toda o casi toda su extensión, a fin de reunir los materiales para la descripción del territorio. Fueron cuarenta y tres, por otra parte (1830-1873), los que empleó, hasta su muerte, en preparar la obra, la cual no vio terminada, faltándole algunas materias, como la descripción geográfica, los datos de la estadística, las observaciones de la climatología, meteorología y geología, etc. Pero, así y todo, levantó un monumento científico a las ciencias naturales de su siglo que todavía sigue en pie, y que en cuanto a la flora y a la fauna es aun columna vertebral. Honró al gobierno de Chile por su fervor en acometer una empresa cultural tan considerable con la que dio a conocer en Europa un país ignoto, y abrirlo a las expectativas del progreso, colocando su nombre, a la vez, entre los de los hombres de ciencia de más prestigio de su época.

Al suscribirse el contrato en 1830, se calculó el costo de la empresa que se encargaba a Gay en 15.000 pesos. Sin embargo, en sueldos pagados al naturalista en Chile; en gastos de viaje al Perú; en el valor de los instrumentos empleados para diversas observaciones científicas, en las copias de documentos de la historia; en la gratificación que se le concedió a Gay en 1842 al volver de Francia y en la pensión vitalicia que se le pagó desde 1863 hasta su muerte, todo esto representó un gasto de 50.000 pesos. La *Historia Física y Política de Chile*, publicada en 1844 y concluida en 1865, significó un costo de otros 50.000 pesos. En total, el Estado invirtió la

suma de 100.000 pesos, o sea, al valor actual de la moneda, unos 1.000 millones de pesos. Son treinta volúmenes los que componen la *Historia*, la que se encuentra dividida en varias partes: ocho corresponden a la *Historia* propiamente dicha, publicados entre los años 1844 a 1871; dos forman los de *Documentos* en que se apoya el relato, dados a luz entre 1846 y 1852; la *Zoología* está representada también por 8 volúmenes, los que aparecieron entre 1847 y 1854; los correspondientes a la *Botánica* suman igualmente 8, habiéndoseles dado a la estampa en el curso de los años de 1845 y 1852. Son dos tomos los dedicados a la *Agricultura*, publicados en 1862 y 1865. Lugar muy destacado en este conjunto de volúmenes ocupan los dos in folios del *Atlas*. Contiene el retrato litográfico del Ministro Diego Portales, patrocinador de la obra; un mapa general de Chile grabado en piedra y 12 parciales del territorio, en escala más amplia que la del general; ocho planos diversos, todos ellos grabados en piedra; 2 láminas litográficas que representan antigüedades chilenas; 52 vistas de localidades, escenas de costumbres, tipos diferentes, trajes nacionales, litografiados, según dibujos hechos por Gay y reproducciones de diez bosquejos de Juan Mauricio Rugendas, trabajados en Chile en los años 1841 a 1843. De este *Atlas* se conocen ediciones en colores y en negro y es muy difícil obtener una colección completa de las láminas.

*

* *

La segunda empresa de amplias proporciones, fue la impresión de la *Historia General de Chile*, en 16 volúmenes, escrita por Diego Barros Arana (1830-1907) y publicada entre 1884 y 1902, en el espacio de diecio-

cho años. Toda la obra histórica de Barros Arana tendió a la historias generales. Era muy joven cuando a los veinte años se inició como escritor en el género de las disciplinas históricas, en 1850. A los veintitrés, da comienzo a la *Historia General de la Independencia de Chile*, cuyos capítulos publica en la revista que dirige y costea, *El Museo*, en 1853. Al año siguiente da a luz el tomo primero de esta obra en un grueso volumen de más de cuatrocientas páginas. En 1856, entrega el volumen segundo; en 1857 y 1858, los tomos tercero y cuarto. Ya desde antes, Barros Arana había desplazado sus actividades notables de investigador hacia la historia de los otros períodos, con una incansable actividad. En 1859 y 1860, se encuentra lejos de Chile en un destierro voluntario. Viaja a Europa, e investiga en el Museo Británico, en la Biblioteca Nacional de París, en Bruselas, en Madrid en la Biblioteca de la Academia de Historia, en la Biblioteca Nacional, en la del Palacio del Rey y en el Archivo del Depósito Hidrográfico. De Valladolid, se encamina al Archivo General de Simancas y cumplida aquí la tarea, se instala en Sevilla en el Archivo de las Indias. Todos estos viajes son de estudio para reunir materiales para la historia nacional.

La constancia intelectual de Barros Arana es ejemplar en su consagración a los estudios históricos de su patria. No deja pasar ni un solo día sin dedicarle una hora siquiera en medio de quehaceres y responsabilidades apremiantes. Porque fue hombre de partido, de apasionadas convicciones, que en la prensa las defendió. Fue audaz innovador de los métodos y sistemas de la enseñanza secundaria como Rector del Instituto Nacional y de la superior como Rector de la Universidad de Chile. Se desempeñó como diplomático en una di-

fácil misión. Sacrificó su situación personal como perito en una ardua cuestión de límites con la república Argentina. Y en todas estas actividades, su personalidad brillante, combativa, se impuso contrariando siempre los intereses profundos y venerables de la reacción. Aún en medio de estas luchas ardientes, cuando no investiga la historia nacional, el humanista que había en Barros Arana, se consagra a escribir libros —verdaderos tratados— como la *Historia Literaria*, la *Historia de América*, el *Manual de Composición Literaria y de Retórica y Poética*, la *Geografía Física*, la primera en lengua española. Con estas obras didácticas llena los vacíos de la enseñanza secundaria; pero algunos de ellos son tan completos y novedosos que perduran en nuestros días. Tal ocurre con la *Historia de América*, modelo de método en la exposición del tema y en la sistematización de los conocimientos, y otro tanto podría decirse de la *Geografía Física*, escrita bajo la inspiración estética del autor del *Cosmos*, Alejandro de Humboldt.

En 1881, creyó llegado el momento de redactar la *Historia General de Chile*, “después de accidentes que no tengo para qué referir y de los trabajos preparatorios que he recordado —ha manifestado él mismo—, puse decididamente mano a esta tarea retardada tantos años. No se me ocultaba que la obra que acometía a una edad avanzada debía imponerme una tarea de muchos años que tal vez no me sería dado llenar. Esto, sin embargo, no me arredró un sólo instante”. Sin embargo, debió cavilar largamente acerca del editor de la obra, de larga extensión, de las variadas formas de la composición tipográfica, con algunas láminas, planos, mapas, retratos; con muy copiosas notas y cuyo manuscrito alcanzaba a la cantidad de más o menos 20 mil

hojas en la letra menuda del autor. Conocemos las condiciones en que Barros Arana quería se hiciera la edición de su obra. “La *Historia de Chile* —manifestaba— será publicada en tomos de 500 a 600 páginas del tamaño y del material de la obra del señor Sotomayor Valdés. La obra formará probablemente y casi seguramente, seis tomos. Deberá publicarse en buen papel, en edición esmerada, y con láminas, mapas y facsímiles necesarios para ilustrar el texto. La edición será de dos mil quinientos ejemplares, y se hará por entregas de 48 a 52 páginas y al precio de cincuenta centavos la entrega. Pasando de seiscientos el número de suscriptores, los editores pagarán al autor quinientos pesos por cada tomo. Pasando de mil suscriptores, el honorario del autor será de ochocientos pesos. Pasando de mil doscientos será de mil pesos, y si el número de suscriptores alcanza a mil ochocientos, el honorario del autor será de mil y quinientos pesos por volumen. Aunque el autor tiene preparada una parte considerable de su obra, y aunque trabaja en ella con toda contracción, para lo cual tiene acopiado todos los materiales, es posible que por motivos de salud, o por la necesidad de adelantar la investigación y de dar solidez a las noticias que contiene su libro, tenga, contra sus propósitos, que experimentar algunos retardos la publicación. El autor no contrae a este respecto otro compromiso que el de su ardiente deseo de ver terminada y publicada una obra para la cual ha reunido materiales y estudios desde treinta y tres años atrás, visitando en Chile y en el extranjero cuanto archivo y biblioteca le podían suministrar noticias. El autor exige que los editores no puedan solicitar suscripciones del gobierno, municipalidades, etc. Pone esta condición como cuestión de dignidad. No quiere que un libro en cuya preparación ha

puesto toda la seriedad de estudios que le ha sido posible, se convierta en mercadería negociable por empeño, ni lo exponga a desaires de ningún género. Los editores podrán, sin embargo, recibir esas suscripciones si se hicieren espontáneamente y sin mediar solitudes y peticiones”.

Barros Arana había anticipado alguno de los capítulos del tomo primero de la *Historia General de Chile* en las páginas de una revista intitulada *La Lectura*. Efectivamente, en 1884 allí había publicado los ensayos acerca de *Los Fueguinos*, sobre *El historiador más antiguo de Chile*, don Alonso de Ercilla y Zúñiga y el referente a *Los antiguos cronistas de Chile: Alonso Góngora Marmolejo, Mariño de Lobera, Pedro de Oña* y el doctor *Cristóbal Suárez de Figueroa*. Estos estudios de carácter de crítica histórica, fueron leídos con avidez por el público. Barros Arana, en un estilo tan sencillo como claro, en forma elegante y con grande erudicción, trataba de esos temas, exponiendo, enseñando sin pretender hacerlo.

El director de la revista *Lectura* era un impresor. El eco resonante que despertaron en el público los artículos del historiador, le hicieron concebir la posibilidad de editar la *Historia General de Chile*, cuyas condiciones para la publicación de la obra conocía a través de las bases del contrato redactado por Barros Arana. Rafael Jover (1845-1896), que así llamábase este editor, era de origen español, habiendo nacido en Granada. En el Instituto Provincial de Zaragoza hizo los estudios de humanidades, concluyendo los superiores en Mallorca, en la ciudad de Palma, donde se graduó de perito comercial, título equivalente a Profesor de Contabilidad. Sin embargo, no contento con este título, en Barcelona, en 1868, obtuvo el de Arquitecto de

segunda clase. Esta nueva profesión liberal parecía conformarse con las verdaderas aptitudes de su temperamento, porque sentía una ferviente vocación por el arte. En la casa editora de Montaner y Simon, establecida en Barcelona, a la que se asoció en 1870, dio expansión a sus gustos por las bellas artes y las letras. Luego realizó un viaje a América para difundir los libros de esa gran editorial. Un año permaneció en Río de Janeiro, pasando después a Montevideo y Buenos Aires con el mismo propósito. En 1871, se instalaba en Chile. El ambiente le pareció apropiado para realizar negocios de librería y empresas editoriales. Había en el país un sólido asentamiento social y una envidiable estabilidad gubernativa. Además, la amplitud del desarrollo de la prensa periódica, indicaba la existencia de un público que era posible inclinar hacia la lectura de obras de carácter literario.

Rafael Jover comprendió muy rápidamente que la capital de Chile podía convertirse en un centro editorial y encontrar fácil mercado en los países de la costa del Pacífico. Con tal designio estableció la *Casa Editorial de Libros Ilustrados*, que algunos años más tarde, estando a cargo del librero Carlos Baldrich pasó a llamarse *La Joya Literaria*. Jover estableció en 1876 una sucursal de la Casa Editorial en la ciudad de Lima, la cual en poco tiempo alcanzó un éxito inesperado, convirtiéndose en una de las principales librerías del Rimac. Esta venturosa situación de la empresa, estableció a Jover definitivamente en Santiago, a fin de concentrar todos sus esfuerzos en una nueva creación, el *Centro Editorial*, destinado a la publicación de obras nacionales, las que se publicarían en su gran taller de la Imprenta Cervantes, situado en la calle de la Bandera 73. Los trabajos de impresión del taller alcanza-

ron honrosas distinciones en las exposiciones industriales de 1884 y 1888, otorgándosele el primer premio y una medalla de bronce en la de París de 1889. La Imprenta Cervantes sobrevivió a Jover hasta el año de 1934, en que fue su último dueño Nicolás González Vial.

Jover acometió con entusiasmo fervoroso su plan de editor de las obras de los escritores chilenos. En el plano de la literatura, era visible que la rama más socorrida por el público lector eran los libros de historia nacional, y el más leído, el que tenía su público, Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). Comenzó, pues, a editarlos. Pero luego surgieron los contratiempos, porque le fue preciso romper la indiferencia con que se encontró; no con el público, sino con los agentes con que Jover debía tratar al encargarles la difusión de los libros en un mercado que, para prosperar, requería sólo iniciativa y entusiasmo. La falta de seriedad de esos agentes casi dio al traste con su empresa. "Hay agentes en Concepción y Copiapó —le escribía a Vicuña Mackenna—, pero la mayor parte de ellos no han dicho esta boca es mía; de manera que después de haber enviado a los pueblos más de quinientos pesos de entregas, he cobrado hasta hoy \$ 22,20. Más de la mitad de las personas a quienes me he dirigido en provincias proponiéndoles la agencia y mandándoles una muestra de la obra, no han contestado. Seis u ocho, no han admitido el cargo, y otros tantos quieren, además del 20 por ciento, un ejemplar gratis y que sean de mi cuenta los gastos de giro y correspondencia, siendo de notar que no son capaces de reunir 20 suscriptores en puntos como Caldera y Limache. ¡Le aseguro a Ud. que la cosa es divertida! Hasta fines del año no creo lograr tener establecido un buen servicio en todas las

provincias". Así y todo, comenzó la impresión de los dos volúmenes de las series de las *Relaciones Históricas* del autor de la *Historia de Santiago*. Compilación de los diversos escritos históricos de Vicuña Mackenna en la prensa santiaguina, el público los había devorado, porque, entre la tradición y el hecho histórico verídico, la imaginación del escritor les había dado un realce extraordinario. En los años de 1877 y 1878, se publicaron las *Relaciones Históricas* y ellas le sirvieron a Jover como exploración del campo editorial que deseaba conquistar. A partir de ese año 1877 hasta 1889, Jover dio a luz las siguientes obras de autores chilenos, según consta del aviso insertado en el tomo x de la *Historia General de Chile*:

Historia de la Guerra del Pacífico, por Vicuña Mackenna. 4 tomos, en rústica; *Historia de la República de Chile (1810-1830)*. Colección de Memorias Universitarias de los señores Lastarria, Tocornal, Benavente, M. L. y G. V. Amunátegui, Sanfuentes, Vicuña Mackenna, García Reyes, Santa María, Barros Arana, Concha y Toro y Errázuriz; *El Ostracismo de los Carrera*, por B. Vicuña Mackenna; *Vida de O'Higgins*, por B. Vicuña Mackenna; *El 20 de abril de 1851*, por B. Vicuña Mackenna; *Las dos Esmeraldas*, por B. Vicuña Mackenna; *La Isla de Juan Fernández*, por B. Vicuña Mackenna; *Don Tomás de Figueroa*, por B. Vicuña Mackenna; *La Dictadura de O'Higgins*, por Miguel Luis Amunátegui; *El terremoto de 13 de mayo de 1647*, por Miguel Luis Amunátegui; *Tradiciones Serenenses*, por Manuel Concha; *El Ecuador (1825-1875)*, por P.(edro) M.(oncayo); *Laura Duverne*, por Enrique Montt; *La Batalla de Rancagua*, por Julio Bañados Espinosa; *Armonías*, por Guillermo Blest Gana; *La dote de una joven*, por Vicente Grez; *El Cura Monardes*, por Manuel

García; *Juan María Gutiérrez*, por B. Vicuña Mackenna; *Los Médicos de Antaño*, por B. Vicuña Mackenna; *Desde Júpiter*, curioso viaje de un chileno magnetizado, por Francisco Miralles; *Estudios sobre España*, por Jorge Huneeus Gana; *Historia de la Expedición Libertadora del Perú (1817-1824)*, por Gonzalo Bulnes; *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (1811-1823)*, recopilación de Amunátegui Solar y Letelier, 8 tomos; *Gramática de la Lengua Castellana*, por don Andrés Bello, con la Ortología y Ortografía por el mismo autor y un Programa completo del ramo.

La nómina que se ha leído se encuentra incompleta. Faltan en ella otros libros editados por el entusiasta editor. Anotemos, por ejemplo, el *Album de las Glorias de Chile*, de Vicuña Mackenna; las *Poesías Líricas*, de Guillermo Blest Gana; el libro de retratos políticos, *Figuras Contemporáneas*, de José Joaquín Larraín Zañartu; las *Poesías Líricas*, de Víctor Torres Arce; las *obras* de Manuel A. Hurtado, y, finalmente, *Los Microzoarios*, de José Antonio Pérez.

Cuando la lista anterior se publicaba en el ya mencionado tomo x de la *Historia General de Chile*, Jover había impreso mucho más de la mitad de la obra, quedándole sólo por imprimir seis volúmenes. Alcanzó a dar a luz hasta el XIII, editado en 1894, habiendo fallecido en 1896. La viuda de Jover continuó la impresión de la obra. Se llamaba Josefina Mariscal. Barros Arana, poco después de la muerte de su editor, le escribió la siguiente carta a la señora Mariscal de Jover: "Respetada señora y amiga, la decisión de Ud. de continuar la impresión de la *Historia* es una agradable noticia que me llena de satisfacción. El contrato suscrito por su marido y yo, no estableció, respecto de la edición de la obra en el caso de fallecimiento de una de las par-

tes, ninguna regla que previera el caso, y le agradezco su decisión de proseguir la publicación de la *Historia* en las mismas condiciones establecidas, sólo que Ud. quisiera introducir algunas nuevas condiciones. En todo el tiempo que ha durado la impresión de la obra, he tenido la suerte de contar con un entendimiento muy sincero y cordial con todo el personal de la imprenta. Su marido me atendió en forma que ha comprometido mi gratitud, de modo que al conocer y sentir profundamente la muerte de don Rafael, me encontré afectado por la desaparición de este buen amigo y también con la idea de tener que cambiar de editor y de imprenta. Las palabras de Ud. de continuar con el trabajo, me han producido tranquilidad y yo le ruego acepte Ud. los sentimientos de mi gratitud por su decisión.

Sírvase Ud., señora, aceptar mis saludos y creerme su atento y seguro servidor.

DIEGO BARROS ARANA”.

La obra del historiador de Chile puede ser presentada como un modelo de impresión gráfica. Hay en ella limpieza, elegancia en la forma de la distribución de los tipos, buen gusto en su elección y notable distribución de las partes de la obra. Jover preparó especialmente tres cajistas para atender la impresión de la obra. Uno debió dedicarse a componer el texto, otro a las notas y un tercero a la distribución de los titulares de los capítulos y sumarios. El propio Jover se reservó la dirección general de la impresión. De la *Historia* se editaron cinco mil ejemplares. Sólo trece volúmenes dio a la estampa el impresor granadino hasta

su muerte. Los tres últimos que completaron los dieciséis de la obra, los editó la viuda de Jover y su esposo Palacios. La impresión de los dieciséis tomos de la obra representan un total de 9.298 páginas. Hasta ese momento, o sea, 1902, era la empresa editorial más dilatada que se había acometido en Chile. ¿Ganó o perdió dinero el editor? Ni lo uno ni lo otro. La *Historia* encontró un público que la apreció desde el primer momento. A medida que se publicaban los tomos se acrecentaba el deseo de obtener los primeros. En el tomo xvi, la venta se paralizó por falta de una adecuada distribución. La viuda de Jover reservó una parte considerable de la edición, que sólo en nuestros días adquirió el viejo librero y editor Estanislao Zamorano.

Rafael Jover no era un comerciante ávido de ganancias fáciles, ni un aventurero escudado en el libro para obtener rápidos recursos. Amaba la belleza en las artes y en las letras, y a ellas se consagró en la medida de sus ocupaciones profesionales. Había publicado un tomo de poesías líricas que intituló *Renglones Desiguales* y una comedia a la que dio el nombre *Quien mucho abarca...* Fue el editor de la *Revista Artes y Letras* y él mismo sostuvo y dirigió con singular competencia, en 1884, otra revista *La Lectura*, que se impuso como una de las más prominentes de su época. Los escritores más distinguidos colaboraron en ella. Jover se reservó la sección *Charlas* que suscribía con el seudónimo de *Pedro de Pablo*. Todavía se empeñó en fundar un diario que reemplazara al poderoso *Ferrocarril*. Hasta le dio el título, *La Nación Chilena*, pero no consiguió su designio.

Los que hemos trabajado en las imprentas como escritores, los hombres de nuestra generación, por lo menos, recordamos con cariño el nombre del esforza-

do editor. En su libro *La Corrección de Pruebas*, publicado en 1888, aprendimos la técnica y el arte del oficio. Aún la página con los signos de corrección, se reproduce como un modelo. En la historia de la cultura chilena, Jover, editor desinteresado, fue el primero que quiso dar al libro chileno un significado al difundirlo como manifestación de una literatura de valía, con carácter propio, principalmente en el ramo de la Historia Nacional cultivada ejemplarmente por los historiadores del siglo XIX.

*

* *

La muerte de Jover interrumpió la edición sistemática del libro chileno. En razón de su labor, la Universidad de Chile se fue convirtiendo en el correr de los años en una verdadera editorial, cuyo ámbito fue naturalmente restringido al campo de las ciencias. La tarea editorial de la Universidad de Chile ha sido de una fecundidad extraordinaria y al mismo tiempo de una generosa acción para ir en ayuda de los estudios científicos, editándolos. La historia del movimiento intelectual del país está fielmente representado, en cuanto dice relación con el progreso científico, en la revista de esa corporación, los *Anales de la Universidad de Chile*, dados a luz sin interrupción desde 1843 hasta hoy. En esas páginas no sólo se ha dado cabida a los estudios científicos, sino a algunos de carácter literario, como los de crítica, los de erudición filológica, los bibliográficos, folklóricos, jurídicos, históricos, pedagógicos, etc., entre los cuales los hay particularmente notables. Casi siempre, de cuanto trabajo se ha insertado en los *Anales*, se ha hecho una edición especial. Es por esto que una

bibliografía sistemática de las obras editadas por la Universidad de Chile, establecería de un modo concluyente cuán sustantivo ha sido el aporte de esta corporación al desarrollo de la investigación científica. Desgraciadamente, no ha podido prestar la misma buena voluntad a la impresión de obras de imaginación, como la novela, la poesía y el teatro. Pero ha promovido concursos, certámenes y premios para estimular su cultivo y desarrollo. La novela nacional surgió de esos concursos universitarios, precisamente, y la poesía, como también el teatro, encontraron apoyo en esas iniciativas. La afirmación que hacemos puede comprobarse de un modo fehaciente, sin necesidad de recurrir a los *Anales*, consultando los tres índices que se han publicado en diferentes ocasiones, uno de 1856 confeccionado por Ramón Briseño, otro de 1890 compuesto por Eduardo Valenzuela Guzmán, y, finalmente, el *Índice General* (1843-1850), correspondientes a autores, editado por la misma Universidad en 1954.

*

* *

En los veintiún años corridos desde el fallecimiento de Jover hasta la aparición de Carlos George Nascimento como editor, en 1917, no faltaron algunos esfuerzos para establecer editoriales de libros nacionales.

Un recuerdo especial merece Roberto Miranda (1852-1904). Sin responsabilizarnos de los datos e informaciones que respecto de este editor proporciona Pedro Pablo Figueroa, damos a continuación lo que dice el autor del *Diccionario Biográfico de Chile*: "Desde hace 20 años se consagra al fomento de la publicación de obras de autores nacionales, e impulsa el desarrollo de la libre-

ría chilena en el país y en el extranjero. La primera librería que estableció en Santiago se denominó *El Anticuuario* y en ella inició su labor de propaganda de los libros escritos y publicados en las imprentas del país. Más tarde, dio a su establecimiento de librería la denominación de *Librería Antigua y Moderna*, la que por el crédito público que ha adquirido se llama popularmente *Librería Miranda*. Para extender el conocimiento de las obras publicadas por su casa editorial, ha sostenido durante varios años, un *Boletín Bibliográfico*, que ha reemplazado por un *Catálogo* anual de los libros que circulan en los mercados de Chile, América y Europa. Editor de numerosas obras de estudio, de legislación y de historia, ha contribuido al progreso de la imprenta y de la literatura en Chile de un modo eficaz y patriótico. De las valiosas publicaciones que ha editado, podemos citar la notable colección de los *Códigos Chilenos*, que ha impreso en París; la ilustrativa obra de *Derecho Constitucional* de don Julio Bañados Espinosa; el texto de *Geografía* del educacionista portorriqueño don Eugenio María Hostos y otros libros de carácter genérico. La obra más afanosa y trascendental que el señor Miranda ha llevado a cabo, en su papel de librero y editor propagandista, ha sido la de organizar y mantener el canje internacional de los libros de autores chilenos. En 1884, obedeciendo al impulso patriótico de crear mercados y establecer relaciones con los principales centros sociales e intelectuales de América y Europa, para los libros de los escritores y publicistas de Chile, organizó el canje de obras chilenas con los autores y libreros de América y Europa. A la vez, esta hermosa idea, que venía a ser un auxilio poderoso para el desenvolvimiento de la literatura, estimulando la producción de la librería chilena, atraía hacia nuestro país

obras de autores americanos y hacía conocer en Chile el ingenio y la industria de la imprenta continental. Por este medio, el señor Miranda ha establecido la circulación de obras chilenas en el Plata, Uruguay, Río de Janeiro, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Curazao, La Habana, Centroamérica, Venezuela, México, Estados Unidos, Francia, España, Inglaterra, Alemania y otros países. Ha hecho conocer en todos esos cultos centros de actividad universal a los hombres de saber de Chile, haciendo populares, lejos de nuestras fronteras, a los más ilustres escritores y las obras más notables del país. Merced a este medio de propaganda, se han agotado ediciones de libros que en el país no tenían circulación y por esta corriente de relaciones, han adquirido carta de ciudadanía y de nacionalización muchas obras chilenas en otros países más adelantados, donde se han editado repetidas ediciones de nuestros autores. Su labor ha sido comprendida y estimulada por bibliógrafos tan competentes e ilustrados como M. Garnett, director del Museo Británico de Londres; el señor K. W. Hiersemann, librero de Leipzig; el ilustrado polígrafo español Elías Zeralo, radicado en París, y otros no menos notables en el mundo de la bibliografía universal. Los periódicos y revistas *Europa y América* de París, y *La Correspondencia* de España; y los diarios *El Siglo* de Montevideo; *La Tribuna*, *El Ferrocarril* y la *Revista Forense Chilena*, han apreciado con elevado criterio su obra de propagandista internacional. En 1890, fue comisionado por el gobierno del Presidente don José Manuel Balmaceda, para trasladarse a Europa con el objeto de estudiar la manera de fomentar la circulación de las obras chilenas. Dos años viajó por Europa en cumplimiento de su comisión y logró desarrollar ampliamente las comunicaciones literarias del país. A su

regreso, ha continuado su empeñosa tarea de fomentar el conocimiento de las obras nacionales en todos los países cultos de América y Europa, por cuya obra tiene derecho al respeto y a la estimación de sus conciudadanos”.

La obra de Roberto Miranda, reseñada de una manera muy general por Figueroa, y sin dar indicaciones precisas, refiérese más bien a lo que hizo este librero con la producción intelectual chilena para darla a conocer fuera de las fronteras nacionales. Como editor de los escritores del país su tarea, a la verdad, carece de significación y aún habrá que considerarla ocasional.

Mucho más efectiva en el sentido a que nos referimos, fue la de un hermano de este librero, llamado Guillermo E. Miranda (1854-1941), quien editó innúmeros pequeños volúmenes de autores nacionales, bajo la denominación de *Biblioteca de Autores Chilenos*. En folletos que rara vez alcanzaron a más de cien páginas, Guillermo E. Miranda difundió obras de Vicuña Mackenna, Alberto Edwards, Daniel Riquelme, Luis Thayer Ojeda, José Zapiola y otros. La acogida que tuvieron estas ediciones aseguró la posibilidad de ampliarlas, pero por desgracia, el asesor literario de Miranda, el erudito Enrique Matta Vial, llamado a funciones de una gran responsabilidad en el Ministerio de Instrucción Pública, dejó de colaborar con el editor y su esfuerzo quedó sin este importante apoyo. Miranda, con todo, siguió por algún tiempo más publicando obras de escritores chilenos y su nombre debe ser recordado, además, como el editor de los primeros volúmenes de la *Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile*, publicada en 1900 por el ya nombrado Enrique Matta Vial. Fue también Miranda el editor de la *Revista Nueva* aparecida en ese año

y de la *Revista Chilena*, que vio la luz en 1917, ambas fundadas por Matta Vial.

Habría que señalar, aunque no más sea de paso, el hecho de la fundación de instituciones científicas para desarrollar la investigación y propender a la publicación de libros de ese carácter, ya que la Universidad de Chile, a pesar de su amplio criterio de colaboración, no podía satisfacer en toda la amplitud a los trabajadores intelectuales en cada una de sus especialidades. La Sociedad Científica Alemana fue la primera en establecerse con un restringido propósito editorial, dentro de sus escasos medios económicos. Le siguió la Societé Scientifique du Chili fundada en 1891, que ha hecho valiosas publicaciones. Pero mucho más fecunda en el ramo de las ciencias históricas, ha sido la obra realizada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, fundada por Enrique Matta Vial en 1911. Ha publicado la revista de este nombre y una serie de volúmenes referentes a viajeros extranjeros relativos a Chile, la bibliografía de temblores y terremotos de Fernando Montessus de Ballore, libros de folklore y de geografía, de historia y numismática y muchos otros concernientes a la especialidad de la corporación.

*

* *

Carlos George Nascimento (1885-1966) es el tercer editor que realiza otra extensa empresa al publicar la *Historia de Chile desde la prehistoria hasta la revolución de 1891*, de Francisco A. Encina (1874-1965), en 20 volúmenes, con un total, más o menos, de 11.760 páginas, labor que le demandó 12 años de trabajo, 1940-1952.

Había nacido Nascimento en la pequeña isla de Corvo que forma parte del Archipiélago de las Azores, pertenecientes al Portugal. Sus padres fueron Carlos Lorenzo George y doña María do Nascimento. Carlos Lorenzo fue un notable piloto. Vivió 93 años. Siguió la carrera del mar de acuerdo con una vieja tradición conservada en la familia. Todos los habitantes de Corvo y aún del archipiélago de las Azores, creíanse descendientes de los Vikings. Desde tiempo inmemorial, la pesca de la ballena los había familiarizado con la navegación y dádoles una vocación por las aventuras del mar que sólo el cansancio de los años, los hizo abandonar. Carlos Lorenzo fue piloto hasta los 40 años, en que su esposa doña María Nascimento lo atrajo hacia el hogar, arraigándolo en él para dedicarse a la agricultura. Temió que emigrara a los Estados Unidos y llevara a la familia a formar parte de algunas de las colonias de azorianos que en Boston y California habíanse formado. La esposa lo deseaba agricultor y, con las economías adquiridas, lo hizo comprar tierras en Corvo. Cuatro de los hermanos del padre de Nascimento formaron familia en los Estados Unidos y esto explica, además, su atracción hacia ese país. Dos hermanas quedaron en Corvo. En sus viajes a los puertos de Boston y California, logró tal simpatía y confianza entre sus habitantes, que éstos al saber que abandonaba la profesión de nauta, le obsequiaron un recuerdo. Consistía en una pequeña estatuilla de plata que representaba a un piloto con un buque cargado con los bienes de la abundancia.

En algunas de sus largas navegaciones, el padre de Nascimento arribó a Chile, permaneciendo en Concepción y Coronel. Muchas veces relató a sus hijos sus andanzas en los días de recogimiento en el hogar

en las noches invernales junto a la chimenea. Nascimento recordaba que cuando leyó *Moby Dick*, de Melville, fue como si se tratara de una obra ya conocida, muchas veces frecuentada. Los relatos de Carlos Lorenzo, su padre, coincidían con los del libro, y en los episodios de la caza de la ballena, los hechos, las circunstancias, la forma y manera de efectuarla eran como la describía Melville. Nascimento se dedicó a la caza de la ballena en las cercanías de Corvo, en plena adolescencia, y recordaba su aventura de 1904, cuando después de haber alcanzado un hermoso cetáceo a causa de la precisión con que había lanzado el arpón, la ballena escapó al romperse la lienza que la atrapaba. Al volver a Corvo en 1948, para visitar a sus hermanos y la tierra natal, Nascimento, para recordar aquellos preciosos días, se alistó en una rápida excursión ballenera. A los 63 años, realizó todas las maniobras que la empresa requería y las efectuó ágil y certeramente. Ayudó a la caza de cinco cetáceos. Al evocar esas horas, Nascimento se emocionaba y hablaba de la isla. De ella decía que su extensión era aproximadamente de 20 kilómetros cuadrados. Allí había existido un volcán, apagado hace muchos siglos, sobre cuyo cráter se había congregado la población. En la parte más alta, la boca del volcán deja ver una especie de caldera de forma circular y cuyo diámetro es de 2 kilómetros. Hay aquí, en el fondo, una laguna que los niños ocupan en sus juegos. El pueblo es tranquilo y laborioso. Nascimento decía que la cárcel no tenía nunca prisioneros y se la empleaba como punto donde se preparaba el *bodo*, a base de ocho o más vacunos que se colgaban en las celdas. Era esta una comida nacional que se repartía en el día de las fiestas de Pentecostés entre los habitantes, en proporción al dinero con que contribuían para llevarla a cabo.

Corvo tenía entonces, en 1885, una ínfima población, la que alcanzaba a 600 habitantes. La pesca y la agricultura constituían la ocupación principal de los pobladores.

Carlos George Nascimento fue el menor de 11 hermanos, y su salud fue débil y enfermiza. Los estudios primarios los hizo bajo la dirección de un ayudante del profesor de la escuela que, por atender los trabajos de su tienda, no cumplía con su función, entregándola a un buen sacerdote de excelente voluntad que sentía afición por el arte de enseñar. Nascimento sobresalió, con un compañero suyo, de entre los 41 alumnos que seguían el curso y fue distinguido como el mejor de sus compañeros. Su condiscípulo fue destinado a seguir la carrera del sacerdocio, y lo mismo habría ocurrido con él, si ya por ese tiempo su hermano mayor no fuera alumno de un seminario. Además, los padres carecían del dinero necesario para costear la educación de dos seminaristas fuera de la isla de Corvo. Nascimento siguió regularmente sus estudios primarios hasta los 11 ó 12 años, en atención a la utilidad que ellos prestaban en las tareas del laboreo agrícola. Sin embargo, el cura de Corvo obtuvo del padre del muchacho que continuara, en condición privada, estudios un poco más avanzados a los primarios y se iniciara en las humanidades, las que cursó hasta los 15 años. Fue en esta época cuando se convirtió en maestro de alfabetización de algunos de los habitantes de la isla, entre los cuales encontrábase algunos compañeros suyos impedidos de concurrir a la escuela. Al mismo tiempo que se consagraba Nascimento a estas incipientes tareas pedagógicas estimulado sólo por un fuerte espíritu progresista, trataba de ampliar sus conocimientos, leyendo. Su hermano seminarista había logrado formar una pequeña bi-

biblioteca. Principalmente se encontraban en ella obras de carácter religioso. Entre éstas, un catecismo en 8 tomos que —como decía Nascimento— “daba una idea de Dios y armonizaba la ciencia con la religión”. La lectura de este libro causó honda impresión en el espíritu de Nascimento, acentuando sus sentimientos religiosos, pero al mismo tiempo comprendió que la fe como sentimiento y el dogmatismo que él imponía no permitían hacer prosperar el avance científico que requería libertad de pensamiento. En la biblioteca de su hermano, Nascimento encontró otra clase de libros, novelas, biografías, historias, geografías, obras de ciencias. En una de geografía, encontró la primera referencia de Chile. Llamóle la atención lo que se decía de este lejano país, último rincón del mundo, situado en la extremidad sur del continente americano. Se hablaba de Chile como una nación que hacía fuerte contraste con las otras que allí existían, porque había una estabilidad política y social desconocida en las otras; el presupuesto se invertía en la construcción de ferrocarriles, caminos, puentes, faros, balizas, líneas telegráficas, servicios de correos, puertos, etc. Más de la mitad del presupuesto nacional se destinaba al fomento de la educación nacional. Quien consignaba estas informaciones era el escritor Matoso, que calificaba a Chile como el país más viril de Sudamérica. Estas referencias quedaron muy fuertemente grabadas en Nascimento y las hizo más duradera todavía las que añadió su padre. En el entretanto, el joven corvino debió atender a las labores agrícolas, pero una secreta esperanza le hizo vislumbrar mayores posibilidades de vida y acción en otras tierras.

La oportunidad se le presentó en 1905. Hacía 30 años, desde 1875, se encontraba radicado en Chile un

tío suyo, llamado Juan Nascimento. Había establecido en Santiago una librería en la calle de Ahumada 265, donde ahora se levanta el Banco de Chile, y por insinuación de un amigo suyo, radicado en Concepción, por carta, le pidió llamara a trabajar al país a su sobrino Carlos, el cual recibió la oferta consultándola con su padre. Nascimento repetía textualmente las palabras que le dijo entonces: "Ese es un país magnífico —le respondió a su consulta—. Es muy fértil, tiene un clima admirable, las gentes son buenas, sobrias, sencillas. El chileno es muy honrado. Da su palabra y no falla. José Fraga, nuestro paisano, tiene un almacén en una de las principales ciudades de Chile, en Concepción. Durante el invierno, fía la mercadería a los campesinos y no se conoce que ninguno deje de pagarle cuando cosechan. Vienen solos a pagarle. Hijo mío, marcha tranquilo a esa tierra bendita".

El destino de Carlos George Nascimento quedó sellado después de esa conversación con su padre. A los 20 años llegó a la ciudad de Concepción en 1905. ¿Qué iba a hacer? ¿Trabajar con el autor de su venida al país, el comerciante José Fraga? ¿Buscar el apoyo de su tío el librero santiaguino Juan Nascimento? Ni lo uno ni lo otro. Buscó el destino confiando en su propia fuerza, en su voluntad de trabajo, en su deseo de ser algo, en su porfiado empeño de sobresalir y de imponerse. Quiso ser profesor. Pero tenía 20 años ¿y cómo subsistir estudiando? Ofreció sus servicios en una bodega de frutos del país de la ciudad penquista. Sus aptitudes eran muy superiores a lo que allí se requería. Luego se empleó en la casa de préstamos de un paisano suyo llamado Manuel Coelho. La atención de la casa requería un personal con nociones de contabilidad y las frecuentes dificultades que se ofrecían en el cálculo de los intereses

del valor de los empeños, se originaba por falta de preparación de los dependientes. Nascimento se propuso salvar esas dificultades, matriculándose en un curso nocturno de contabilidad.

Los mejores años de su juventud, de la primera juventud, Nascimento los pasó en Concepción. Fueron 11 años los que permaneció en la ciudad del Biobío, casándose allí con la joven chilena, contadora de una casa comercial, doña Rosa Elena Márquez, en el año 1915. A los 31 años, cambió el rumbo de su suerte. El tío Juan falleció en 1917, siendo uno de los herederos. Sin madurar mayormente la determinación, decidió vender la librería, fallando en el empeño por no encontrar interesados. Recordemos que esa librería que se llamaba de "Nascimento", estaba bien surtida de libros literarios franceses y españoles y afianzada por una clientela segura, distinguida y culta. Muchos de ellos orientaban al librero en las adquisiciones, asegurándole un mercado para determinadas obras. Nascimento se encontró entonces en una situación conflictiva. Los herederos de Corvo solicitaban la parte de la herencia que les correspondía, cuyo capital principal era la librería, e interés por adquirirla no existía. El futuro editor cambió súbitamente de parecer. Intuyó que la librería sería la base de un futuro negocio como centro editorial. ¿Qué consideración lo hizo variar de conducta? En el curso de las conversaciones epistolares con la familia, Nascimento, al frente de la administración de la librería, recibió constantemente peticiones de libros nacionales, ya fueran éstos de historia, novela, poesía, teatro y de ciencias. Estas solicitaciones ordinariamente eran hechas desde las provincias y no pocas del extranjero. ¿Editar las obras más solicitadas no sería el recurso para hacer nacer una empresa comer-

cial? Decidió quedarse con la librería, pagándoles su parte a los herederos con algunas facilidades. Al entrar Nascimento en este género de negocios, así en el de la librería como en el de la edición de obras, era un novicio. Sólo tenía la voluntad de hacer prosperar las dos actividades en que se iba a embarcar. Ese era su único capital. La fe en el triunfo, era el interés que le rendía ese capital. “En ese tiempo —ha recordado Nascimento—, yo sabía tanto de vender libros y de hacerlos, como lo que hoy sé de aviación”

La empresa editorial de Nascimento comenzó en 1917. ¿Cómo se inició? Ese año editó el primer libro, la segunda edición de la *Geografía Elemental* de Luis Caviedes. Era un tomito de 96 páginas que ostentaba como pie de imprenta el siguiente: *Casa Editora: Librería Nascimento, 1917. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile*. El tamaño era el de un texto común y corriente de enseñanza. El éxito le sonrió. La venta de la obrita le hizo ganar una pequeña cantidad de dinero, afirmando a Nascimento en la idea de que un negocio editorial tenía perspectivas en Chile, donde no existía ninguna empresa consagrada a esta labor. Necesitaba capital, sin embargo. Buscando socios, conversando más bien con escritores, con hombres resueltos a lanzarse en un mundo nuevo en los negocios, tuvo la suerte de encontrarse con un estudiante de ingeniería de la Universidad de Chile, próximo a egresar, hombre de talento, deseoso de emprender cosas nuevas, escritor humorístico, creador de un género literario festivo que conquistó mucho público. Tenía su tribuna en *La Nación*, diario fundado por el senador Eliodoro Yáñez, y en el cual era, además, redactor económico. Acababa de recibir su título de Ingeniero Civil, en 1918, cuando se asoció con Nascimento. Se llamaba Raúl Simón. Ha-

bía nacido en Constitución en 1893 y estudiado en el Liceo de Linares y después en Santiago en el Internado Barros Arana. El destino iba a abrirle a este joven, de una eficiencia superior, una carrera prodigiosa de éxitos en un silencio impresionante. Raúl Simón ha impersonalizado su obra en la creación de empresas, en la dirección de ellas, en la administración pública en materias financieras y económicas, en un desconcertante anonimato. El escritor humorístico, en cambio, está en la memoria de todos con el seudónimo de *César Cascabel* y hace parte de la historia literaria de Chile.

La audacia atrajo a los dos hombres. Ambos buscaban cosas nuevas en las letras. En 1918, lanzaron bajo el sello de la Editorial Nascimento, *El Hermano Asno*, de Eduardo Barrios, e inmediatamente, para demostrar la solidez de la empresa y el propósito de ser ella una editorial para los escritores nacionales, publicaron de Rafael Maluenda la novelita *La Señorita Ana* y de César Cascabel, el volumen *Cien nuevas Crónicas*, convirtiéndose en su editor. Las tareas administrativas obligaron a Raúl Simón a alejarse de la sociedad editorial. Nascimento quedó solo y comenzó su batalla. La primera muestra de esta batalla la dio al lanzar en un denso volumen de Pedro Antonio González de más de 400 páginas intitulado *Poesías*, donde se recogen los versos y la prosa del poeta, las estrofas de juventud, ritmos, temas, poemas, nuevos ritmos, cantos escolares, asteroides, últimos temas. Era un intento de compilar la obra literaria de González y la realizaba otro joven, Armando Donoso, que tuvo mucha influencia en la editorial, como asesor literario de Nascimento.

Donoso (1886-1946) tenía en 1918 la edad de 32 años. Cursó los estudios en el Liceo de Talca y fue discípulo de Enrique Molina. Prosiguió su educación en

Alemania, viajando en seguida por Suiza, Francia, Italia y Austria. Espíritu de una curiosidad literaria inextinguible, de los escritores de su tiempo era el más versado, dueño de una erudición pasmosa y de una actividad frenética. Generoso de alma, impulsador de toda noble iniciativa literaria, Donoso logró imponerse como crítico literario y periodista. En 1918 comenzaba sus estudios de literatura chilena, y en este sentido los libros de escritores chilenos del siglo xix, que editó *Nascimento* y aún los de sociología del xx, se deben al consejo de Donoso. Pedro Antonio González fue para la Editorial un verdadero acierto. Hasta 1927 el volumen de *Poesías* del autor de *El Monje* llevaba 4 ediciones.

Por este tiempo, es decir, entre 1918 y 1920, *Nascimento*, en un esfuerzo supremo, luchaba por instalarse con un taller impresor propio. Trabajaba con una máquina que no era suya y que pertenecía a otra imprenta, careciendo por esta situación de independencia para hacer avanzar la editorial. El ensayo de editar obras de escritores nacionales, si en verdad no era floreciente, tampoco era malo; por lo menos, había constatado que la librería daba margen para la ayuda de un auxilio económico, todavía a la editorial. *Nascimento* quería, con el tiempo, que la editorial nutriera a la librería. En todo caso, sus vaticinios primeros parecían verse confirmados. Ahora buscaba establecerse con un taller propio. Su casa habitación de la calle Arturo Prat 1434, amplia, soleada, con grandes patios, muchos árboles, habitaciones numerosas y espaciosas, casa, en fin, de tipo antiguo, de fines del siglo xix, la fue adaptando a las exigencias de una imprenta. Pero carecía de la máquina impresora. Las transformaciones del hogar para estas adaptaciones no se hicieron sin sa-

crificios sentimentales y de dinero. La esposa de Nascimento quería su casa sin que dentro de ella se le introdujera otro mundo ajeno a ella misma, a sus hijos, a sus flores, a sus árboles. El hombre de empresa debía acallar los deseos de la compañera invadiendo de hecho el hogar y prometiéndole un futuro brillante. Nascimento conservó siempre en su corazón la pena que causó a su esposa reducirla en su hogar para dar paso a la tarea cultural que habíase propuesto. Matrimonio feliz en la comunión de las ideas y sentimientos básicos que unen a la pareja en el ideal de la comprensión, la esposa de Nascimento vio el triunfo de su marido tiempo antes de su fallecimiento en 1944, y se sintió colmada de los halagos sencillos, nobles, puros y generosos que le ofreció el marido por los sacrificios del hogar, convertido en parte en gran taller de imprenta. Pero Nascimento no se repuso jamás de la pena que, por un bien superior, infligió a la compañera de su vida. La nobleza de su espíritu está retratada en este rasgo.

El primer paso decisivo para instalar el taller editorial, lo dio en 1923. Este año adquirió a un modesto impresor llamado José Pinochet, una vieja prensa "Marinoni", amarrada con alambres. La compró en la cantidad de 16.000 pesos. Poco tiempo después, dotaba el taller de una linotipia, en la cual gastó 8 mil dólares. No pudo habilitarla inmediatamente debido a que la máquina requería para su instalación un local especial y la pieza del hogar, reservada para ella no tenía capacidad. La señora de Nascimento salvó algo de lo suyo, pero no pudo obtener que en el último patio de la casa se construyera un galpón. Nascimento le obsequió entonces a su esposa, el primer abrigo de pieles que el cambio de posición económica le permitió ofrecerle y dotarla de aquellas comodidades que exigía el hogar

con el nacimiento de los hijos, base de una familia ejemplar. La primera publicación editorial de Nascimento en el nuevo taller, fue la obra de Gabriela Mistral (1889-1957), *Desolación*, Santiago de Chile, 1923, y que en 1926 obtuvo una segunda edición de la misma editorial. El novelista Eduardo Barrios (1884-1963), fue quien recomendó a Nascimento el libro de la poetisa, poniéndolo en contacto con ella para arreglar las condiciones de la impresión, los derechos de autor y demás circunstancias legales. Las relaciones de Nascimento, siempre muy cordiales como lo eran con todas las personas con que trataba, se basaban en la sinceridad, en la franqueza y en un sentimiento profundo, muy hondo, del respeto hacia la persona con quien trataba. En el trato frecuentísimo de 40 años con Nascimento, no recuerdo absolutamente de nadie que en sus relaciones con el célebre editor, hubiera tenido dificultades, o éste con ellos. Era serio, delicado, formal, acucioso, cumplidor en todos sus compromisos, y si acaso no podía darles satisfacción, tenía la suficiente energía moral para declarar leal y francamente la situación. Esto lo hizo respetable y logró, además de otras valiosas prendas personales, como la lealtad, la comprensión y la sinceridad, ser estimado como un modelo de hombre, de caballeroso señor.

Desgraciadamente, las normas generales de la conducta de Nascimento con Gabriela Mistral no encontraron correspondencia. El carácter de Gabriela era difícil, puntilloso, susceptible, duro e incomprensivo. Siempre hubo en ella una herida de resentimiento social y literario que nunca se cerró. Alimentaba pasiones. Nascimento fue víctima de ella. Enrique Bunster nos cuenta: "Supo un día —escribe— que la poetisa hacía comentarios poco favorables de la forma en que se liqui-

daban sus derechos de *Desolación*. En la primera oportunidad en que ella vino a Chile, don Carlos fue a verla a la casa en que se hospedaba, en el barrio de Los Leones, y le pidió que precisara sus cargos. En un comienzo —contestó la Mistral— el libro tenía gran demanda y yo recibía puntualmente las liquidaciones... Desde hace dos años, o no hay venta o Ud. se olvida de ordenar las remesas. No hay venta —declaró el editor—. De haberla, no me quedaría con su dinero. Es muy raro que no haya venta... No tiene nada de raro. Ud. reeditó el libro en una editorial de Montevideo, sin mi consentimiento y a bajo precio, y esa edición es la que se está vendiendo en Chile. Soy yo el perjudicado y no Ud.”

Eduardo Barrios, sin asumir el papel de asesor literario, fue un buen amigo de Nascimento. En los múltiples detalles de la elección de los elementos tipográficos, ayudó eficazmente. Tenía muy buen gusto y el editor era también bastante delicado y exigente. Las ediciones de Nascimento han gozado de fama por la sobriedad, limpieza de la composición, armonía tipográfica y belleza de conjunto. Nunca se ha hecho una exposición de los libros que publicó, y cuando se haga en homenaje a la memoria del editor, que dio vida y personalidad a la literatura chilena, el aspecto estético se valorizará como una de las virtudes de la empresa. Nascimento empleó en *Desolación* el tipo Sorbonne, el que puso de moda, y —¡curiosa coincidencia!— fue el mismo que Barrios recomendó para ese libro. También fue Barrios quien puso en contacto a Pablo Neruda con Nascimento. “Lo va a venir a ver —le advirtió—, un muchachito pálido y flaco con un libro que se llama *Crepusculario*. Se llama Neftalí Reyes, pero usa el seudónimo de Pablo Neruda. Atienda al joven-

cito. Va a ser un gran poeta”. Tal fue el origen de la amistad de Nascimento con Neruda. Lo dio a conocer con ese su primer libro, y fue después el más fervoroso de sus editores en libros limpios, preciosos por su elegancia, honra de la tipografía nacional. Nascimento recordaba muchos años más tarde. “Al comienzo —decía— su manera lenta de hablar daba la impresión de que era un joven carente de voluntad. Sin embargo, luego se descubría que poseía una gran fuerza de convicción. Siempre pedía tipografía y disposición especiales. Introdujo la moda de los libros cuadrados de poesía, que después pedían los poetas jóvenes y que significaban una gran pérdida de papel por la forma del corte”.

Nascimento, sin ayuda oficial ni particular, consolidó el prestigio literario de la Editorial y aseguró, a la vez, la situación económica. Ya no necesitaba solicitar de los escritores sus obras. Los originales llegaban solos y ninguno rechazaba el editor. Dos años —contaba él mismo— demoró en leerlos. Buscaba para aconsejarse la asesoría de otros escritores. Mariano Latorre, Domingo Melfi, Eduardo Barrios, Luis Durand, Manuel Vega, Enrique Molina y otros, fueron sus asesores privados. Yo mismo lo fui para los libros de historia durante muchos años. Pero Nascimento tenía sus aficiones literarias propias. Le gustaba particularmente el género de la novela y su juicio sobre el mérito de las que llegaban para editarlas coincidió con el de sus asesores y a veces se sobrepuso a ellos como en el caso de *Froilán Urrutia* de Juan Modesto Castro (1897-1943). La poesía atraía igualmente a Nascimento. Los autores jóvenes tuvieron siempre preferencia y les dio cabida en sus prensas sin tasa ni medida. A veces sabía que el libro del poeta no tendría gran público y, sin embar-

go, el talento del autor lo obligaba a darlo a luz, a fin de asegurar para las letras un valor.

La amplitud de criterio de Nascimento y su bondadoso carácter, convirtieron su editorial en la casa del escritor. La librería de la calle Ahumada N.º 125 y después la de San Antonio 390, se transformó en una peña literaria. ¿Cuántos libros son los impresos por la Editorial Nascimento? No contestemos todavía esta interrogación. Hagamos antes un comentario. Será muy difícil que algún escritor chileno de los últimos 50 años, no haya tenido siquiera cierta vinculación literaria con Nascimento. Por lo menos un conocimiento personal del grande hombre hasta el día de su fallecimiento en los inicios del año 66. "Las puertas de mi Editorial han estado siempre abiertas para los escritores —dijo en una ocasión en una entrevista—. Prefiero los escritores de imaginación, los novelistas, los cuentistas, los poetas, los de teatro. La creación literaria la comprendo y más que eso, siento sus manifestaciones nuevas. No soy crítico, ni esteta, ni filósofo. Soy un hombre de la calle que siente la inquietud de lo nuevo. Percibo las tendencias que se divorcian literariamente para encontrar su manera de ser. Sentí a Neruda. Sentí a Huidobro. Sentí a la Mistral. ¿Sensibilidad? Yo creo que aptitud de conocer. Necesidad de buscar otros horizontes. He buscado hacer de la editorial una digna representante de la cultura chilena. A muchos autores los edité a sabiendas de que no se venderían mucho. Tuve debilidad por la poesía, lo que para un Editor, desgraciadamente, constituye una forma elegante de suicidio. A veces, necesito leer pocas páginas para darme cuenta de un manuscrito y decidir del interés de un libro. Con los años se aprende a leer... y a leer también la psicología del escritor. En un largo período, luché contra la corriente. Me pro-

puse imponer el libro chileno literario como manifestación evidente de la existencia de una literatura chilena. Con algunas contadísimas excepciones, los escritores nacionales no interesaban al público. El público que frecuentaba las librerías era, en general, de formación espiritual puramente francesa, de una refinada cultura. Con algunas excepciones, los autores chilenos no lograban interesar. Ahora observo complacido y lleno de satisfacción, que el mayor cambio en el negocio editorial es la devoción del público por el escritor nacional. Cree en él. Cuando hace más de medio siglo, un cliente entraba en una librería y se le ofrecía una obra de autor de esta tierra, la respuesta era invariable: "Los escritores chilenos no saben escribir, argüían con rara uniformidad". Nascimento explicaba a esos lectores los valores nuevos de la literatura chilena y a veces —¡cuán pocas fueron!— convencía al lector. Fue una labor tesonera, personal, persuasiva. Al principio no encontró estímulo en la prensa ni en la crítica literaria para referirse a la constancia de sus ediciones. Pero si recibió elogios de los editores norteamericanos. Sin embargo, debe decirse que el propio Nascimento fue quien sistemáticamente, eludió referirse a su empresa y hablar sobre su plan de publicar a los escritores nacionales. Creemos que en esta conducta había mucho de orgullo. Quería ser, y en realidad lo fue, el editor nacional por excelencia. Aspiró a ser el creador, en el ambiente de las letras chilenas de una nueva concepción en el trato de la literatura nacional, en el sentido de hacerla sentir como una verdad, capaz de enfrentarla con la del resto de la hispanoamericana. Posiblemente, el hombre práctico, el comerciante, el buscador de dinero, vio la oportunidad de una brillante ocasión. Poco a poco, se fue enamorando, sin embargo, de su idea y perdió la orien-

tación comercial para convertirse en el pionero de la editorial chilena. "Arriesgué mucho capital y como no lo perdiera del todo y veía la posibilidad de resarcirlo, ya no dudé del éxito. Además, me sobraba el crédito bancario. El Banco de Chile me atendió como si yo fuese un millonario", nos contaba a nosotros.

Sintiéndose fuerte y seguro del camino que se había propuesto seguir, no buscó el aplauso de los diarios ni la propaganda de ellos. Hasta ahora los avisos de Nascimento sobre los libros que edita, son los más anticomerciales que se publican en la prensa. Son ahora el sello de la tradición de la casa y eso los distingue y el público los sigue. Desdeñó la protección oficial. Llegar hasta él invocando que de un libro determinado el gobierno adquiriría un número de ejemplares, era como cerrar toda posibilidad de conversación. El Fisco pagaba, sin duda, pero no respetaba a su cliente, lo demoraba, lo humillaba en viajes y tramitaciones, y también en exigencias indignas de la seriedad de un hombre de empresa. Prefería luchar solo, y se lanzó así a la aventura y fue un triunfador. Sacrificios, lágrimas, quebrantos, amarguras, incomprensiones, recogió en el camino mucho antes de llegar a la meta. También dolores morales horribles. La muerte de su compañera lo hizo conmoverse en los cimientos. Pero el ánimo no se doblegó y firme y resuelto continuó en la ruta. El valor del dinero desapareció ante la significación moral de la obra en que se empeñaba. Antes de emprender la más grande hazaña de su casa editorial, la publicación de la *Historia de Chile* de Encina, le dijo a un cronista de diario: "Nunca fui hombre de dinero ni lo soy ahora (1962). Sólo he tenido como único capital mi trabajo y éste se encuentra totalmente invertido en la librería y en la imprenta. Tengo mi casa

habitación y es muy modesta. Gozo de excelente crédito. Si Ud. me pide dinero, personalmente no lo tengo. He tenido apuros y angustias. Una situación muy difícil se me presentó mientras mi esposa permaneció enferma. Ella falleció en 1944 y sentí que me hundía. Cuidándola, desatendí mis negocios y entonces tuve estrecheces". "Pero nunca publiqué más libros que entonces" —me dijo a mí. "Tiré a la prensa cuanto encontré, lo que yo sabía era bueno, malo y regular. Lo esencial era imprimir para así adormecerme en mi angustia. ¿Lo creará Ud.? Lo malo resultó bueno y lo bueno mediocre. Lo regular a veces tuvo éxito. Lo malo que publiqué y que fue un triunfo, afirmó mi situación. Creo que mi mujer desde la Eternidad manejaba mi suerte y la conducía al triunfo. Siempre ha sido mi protectora".

Mucho antes de 1944, el año triste y difícil de Nascimento, habían comenzado los tratos editoriales con Encina para la impresión de la *Historia de Chile*. Y aquí contestemos la interrogación que dejamos pendiente acerca de cuántos volúmenes había publicado Nascimento hasta ese año. Las prensas de la Editorial habían lanzado 5.000 libros, en los que principalmente, los temas eran de literatura chilena. Se iba a consagrar ahora a la historia y a la historia nacional, y aunque sobre estas materias sus prensas habían editado libros de Amunátegui Solar, de José Toribio Medina y otros historiadores, la verdad es que esta literatura no le era agradable. A Francisco A. Encina (1874-1965), le había publicado el *Portales*. No fue un éxito de librería inmediato.

El entendimiento entre el historiador y el editor no fue difícil. Eran dos caracteres sencillos, francos y nobles. La impresión de la *Historia* era una em-

presa atrevida y arriesgada comercialmente. Véase cómo recordaba Nascimento los preliminares del trato de la obra. “Don Francisco —ha recordado Nascimento— era un hombre generoso y no me quiso comprometer con la publicación de una obra tan voluminosa. Me propuso hacerlo entre los dos. Aportó 50.000 pesos (1940), para el primer tomo. Ese fue el único dinero invertido por él. Su preocupación primordial era que la *Historia* se vendiera al precio más bajo posible para que circulara al máximo. Fijamos un precio de 50 pesos sin siquiera sacar el costo. Los volúmenes posteriores los edité solo. Dos veces me prestó 150 mil pesos (que le devolví dentro de 90 días) para la adquisición de lotes de papel especial que se utiliza para su obra. Después fue necesario reajustar los precios a 100 pesos por volumen. Entonces fue cuando me dijo don Francisco: “Véndalo en 90. Para que no se perjudique, cedo mi 10 por ciento”. La primera edición del primer tomo fue de 3.000 ejemplares. Ahora ya van en 14.000. A partir del décimo, las ediciones fueron de 10.000. Don Francisco me ayudó con su amistad, con su cariño y con su obra. No con su dinero”.

Esas palabras están escritas en vida del historiador, en 1962. Nascimento al publicar los 20 tomos de la *Historia* y los 8 de *Bolívar*, había realizado la tercera mayor empresa editorial de Chile. Al mismo tiempo se había convertido en el editor de la literatura chilena y ese es el título insigne con que le recordarán siempre las letras nacionales.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.